

por los cuerpos sociales de la humanidad. En una palabra, es la desaparición de toda moral y de todo desenvolvimiento individual, sino también de toda libertad personal. No quedan más que la cultura social y la moral social.

Comprende cualquiera que en el medio está la verdad. Así lo ha pensado y lo ha enseñado constantemente el Cristianismo. Protege los derechos personales de cada uno; pero inculca á todos que hay obligaciones que cumplir con la sociedad; sin cesar les recuerda que sobre la sociedad formada por los que son de la misma sangre y de la misma raza, hay otro reino que no conoce límites ni en el tiempo ni en el espacio, y con el cual debe ser más íntima su unión que con cualquiera otra sociedad terrestre. Le abre horizontes magníficos hacia un reino sobrenatural, al cual es deudor de beneficios incomparablemente grandes, y para con el cual tiene, por consiguiente, más obligaciones que para con su casa paterna y para con su patria.

10. En la triple condición en que se encuentra es el punto céntrico del concepto cristiano sobre el mundo.—Es preciso representarse toda la grandeza de la concepción de la vida contenida en la idea cristiana sobre las obligaciones morales del hombre, para apreciar la estrechez de miras del espíritu humanitario del mundo. No hablamos del Liberalismo. Colocar este sistema, el más ruin de todos, que reduce el maravilloso edificio del género humano á mónadas egoístas, celosas, extenuadas, buenas para hacer momias, al lado de la doctrina del Cristianismo, de la contextura orgánica de la humanidad, para echar sobre ella una luz más deslumbradora, es cosa muy fácil. Tantos sabios, tantos hombres de Estado que juran ciegamente por este sistema individualista y, por consiguiente, antisocial, no pueden responder á estas preguntas: ¿Á quién pertenece el hombre? ¿Á sí mismo ó al Estado? ¿Cuánto más claras y más amplias son en esta materia las miras, no decimos sólo de todo pensador cristiano, sino de todo corazón cristiano, y aun podríamos añadir, de todo niño que aprende el catecismo.

Esta cuestión tiene límites muy estrechos, dirá todo cristiano. Sería mejor darle esta forma: ¿Á quién pertenece el hombre? ¿Se pertenece á sí mismo? ¿Pertenece á la humanidad? ¿Pertenece al eterno é inmenso reino de Dios? No hay más que una respuesta: Pertenece á los tres. Por diferentes que en su extensión sean estas ideas, forman, no obstante, tres círculos concéntricos, de los cuales es el centro la conciencia individual. ¿Llena cada uno las obligaciones que contienen? El que lo haga, se colocará á la altura de su empresa. ¿Desprecia las comprendidas en uno sólo? Altera el orden establecido por Dios, y no cumple con sus deberes.

Primero, el hombre se pertenece á sí mismo. Sólo con querer discutir este principio, se coopera á los atentados cometidos contra el indiscutible derecho que tiene todo hombre. Desgraciadamente, la resurrección del antiguo espíritu pagano, que absorbe nuestra vida pública, ha hecho que nuestra generación haya estado para preguntarse seriamente, si descansa en la verdad semejante principio. En esto vemos los progresos que ha hecho la apostasia del Cristianismo, y podemos probar que ha llegado ya la supresión de la naturaleza. En el paganismo, no sólo ha suprimido el Estado el derecho de la personalidad libre, sino que se ha propuesto hacerlo olvidar enteramente; pensar en él es casi crimen de alta traición. Para comprar la libertad del hombre, para que volviera el hombre á sí mismo, fué necesario que Cristo ofreciese en sacrificio su sangre y su vida. ¿Y se había de perder el fruto de su acto de amor? ¿Atrás tal pensamiento! Protestaremos siempre contra él, y lo haremos con tanta mayor energía, cuanto, por la culpable cooperación de todos nosotros, ha llegado el peligro á ser tan grande como lo es en la actualidad. Si no estuviéramos todos atacados de la enfermedad de la época, de esta enfermedad que consiste en escapar de lo interior á lo exterior, para explayarnos exteriormente, si no hubiéramos llegado á ser extraños á nosotros mismos, no hubiera sido tan fácil á la opinión pública,

ni á la vida social despojar al hombre de su pensamiento, de su conciencia, y por lo tanto, de su independencia. Pero cuanto más progresos hace este mal, mayor es la necesidad de proclamar de nuevo la doctrina que enseña que tiene el hombre obligaciones que cumplir para consigo mismo.

Depende también el interés del Estado y de la sociedad de que sea reconocida y practicada esta verdad, porque, dice la Escritura: «Si no es bueno el hombre para sí, ¿para quién lo será?» En nada cambia por esto el principio más lato, que no vive sólo para sí, sino que tiene deberes que cumplir con la sociedad.

Al contrario, será instrumento apto para trabajar en beneficio de la colectividad, si desde luego ha hallado él mismo el lugar que le conviene con respecto al mundo exterior, y si ha puesto en orden su propio interior, según el derecho y la ley. Cuando está en regla el hombre consigo mismo, es un miembro mejor adaptado al cuerpo de la sociedad humana: no tiene dificultad en comprender ni en practicar la frase de que «nadie vive ni muere para sí». Saber que el Señor de todas las cosas le ha dispensado los dones que posee para hacerlos fructificar, y para que la comunidad se beneficie por la parte de donde vienen. En correspondencia, tiene derecho á recibir ayuda y compensación de parte de la totalidad, como recibe fuerzas de todo el organismo el miembro que sirve fielmente al cuerpo.

Iguálanse así los deberes y los derechos; equilibranse así «los ingresos y los gastos». Donde responden las leyes y las instituciones, por poco que sea, á la economía del plan divino en el mundo, nadie pierde viviendo para la totalidad. Al contrario, compensan bien los sacrificios individuales las ventajas de la vida común. Ni la condición social, ni las obligaciones sociales del hombre son incompatibles con sus derechos personales: les favorecen en mucho. Tomando á la humanidad tal cual es en la realidad, pesada es la carga que deben llevar sus miembros, es cierto. En el umbral de la vida encuentran todos la parte de maldición,

bajo la cual gime todo el género humano, desde la caída de su primer padre. Todos participan de las tristes consecuencias de las faltas de tantas generaciones pasadas que han despilfarrado la herencia de la humanidad.

Precisamente es ésta la principal razón para aspirar á los frutos de la Redención que le ha conquistado el segundo Adán, y á los tesoros que han amontonado los siglos anteriores. Durante toda la vida, se quejan todos de los inconvenientes sin número que les crea la comunidad de sus semejantes; pero también goza de los innumerables bienes que brotan de esa misma fuente. Á pesar de esos inconvenientes que sufre el mundo, sería injusto negar que se nivelan casi totalmente los bienes y los males, los deberes y los derechos, las dificultades y las exigencias de la vida social. Nadie, pues, tiene derecho á desear no pertenecer al orden social; es tan imposible como querer eliminarse á sí mismo diciendo que no existe. No puede imaginarse que haya quien pueda decir: «Existo solo y para mí solo». Cada uno, es cierto, que es obra suya; pero es también cierto que es obra de lo pasado y de lo presente, del lugar, del clima, de la época que le ha visto nacer, del pueblo y de la civilización en medio de los cuales vive; en una palabra, de todo cuanto le rodea. Nada de su propia actividad le quita todo esto, nada de sus obligaciones, nada de su libertad, nada de su responsabilidad; pero al mismo tiempo le invita á no prevalerse de las ventajas personales como lo hace con frecuencia.

Si son opuestas entre sí las obligaciones individuales y sociales, cuyo rozamiento es á veces tan apretado, si, bien comprendidas se prestan mutuo apoyo, ¿qué podemos decir de las relaciones entre los derechos humanos y los divinos? En este punto no hay duda posible, á menos de representarse á Dios con los rasgos de esas divinidades limitadas, envidiosas y rencorosas que crearon los griegos á su semejanza. No sólo son indignas de Dios ideas semejantes, sino que ponen públicamente en la picota á la debilidad del corazón humano, que tan á placer se representa á

Dios, según sus propias imperfecciones; pero está Dios muy por encima de tales miserias. En su egoísmo encuentra el hombre dificultades para creer que pueda Dios reclamar derechos, donde él no quiere reconocer deberes. Dios, creador, protector y regla del derecho, ampara los derechos que tiene sobre nosotros; pero no se impone á sí mismo deber alguno para con nosotros. La razón que le lleva á obrar así, no está en eximirse de obligaciones correlativas con nuestros deberes. ¡No! no le alcanzan los deberes que pudiera llevar consigo el derecho que tiene sobre nosotros, porque da más, mucho más, su liberalidad de lo que daría, cualquiera que fuese la obligación que pesara sobre Él. No permite Dios que le ganen en generosidad sus criaturas. Si éstas le honran con un culto, lo paga con el céntuplo. Si le ofrecieran en sacrificio toda su pobreza, podrían estar seguras de recibir en retorno la infinidad divina. Obra contra sus intereses el hombre, cuando rehusa á Dios alguna cosa. Si queremos crecer, si queremos extendernos, si queremos ser ricos, no importa con qué clase de riquezas, no hay medio mejor que darnos enteramente á Dios, nuestro principio, nuestro fin y la fuente de todo bien.

Tal es la concepción cristiana del mundo. Los espíritus estrechos, los corazones ruines tiemblan, asustados, ante la amplitud del horizonte que ante ellos se abre; pero se sienten como enamorado y enajenado aquel á quien ha dado Dios el sentimiento del verdadero honor de la humanidad.

11. Plan de la presente obra.—El fin que en la presente obra nos hemos propuesto es exponer esta maravillosa sabiduría en la medida de nuestra debilidad.

En el primer tomo nos proponemos dos cosas: primero, formarnos idea exacta de la empresa del hombre considerado desde el punto de vista puramente psicológico y filosófico, con independencia de las doctrinas del Cristianismo. Después trataremos de hallar la respuesta á esta pregunta: ¿Se ha realizado la idea del hombre, tal cual la ha

concebido la sana filosofía en la historia de la humanidad? Este será el resultado: si no se presenta este caso en el Cristianismo, nos veremos forzados á renunciar á poder dar á la palabra «hombre» un sentido conforme á la verdad.

El segundo tomo dará de ello la razón; porque la humanidad se ha separado de su destino. Veremos que la causa de la decadencia de la cultura humana no está sólo en la debilidad del individuo: resulta de la enfermedad de todo el género humano.

Nos mostrará el tercer tomo que el fin de la fundación del Cristianismo ha sido, no sólo curar de esta enfermedad, sino fortalecer la debilidad del hombre dándole una fuerza nueva, una fuerza sobrenatural.

En la cuarta parte exponemos que no se aprovecha sólo el individuo de esa influencia de la religión cristiana, sino que participa toda la sociedad. La Revelación sobrenatural ha restablecido al individuo y á la sociedad en su orden natural. Por su unión con el reino de Dios ha sido elevada la sociedad á un grado superior: ha sido consolidada.

En fin, la quinta parte tratará de las más elevadas esferas de la vida sobrenatural. El Cristianismo no impone al individuo la obligación de dirigir sus esfuerzos hacia ese ideal. Lo presenta como fin á los que quieren llegar á la perfección.

Con gusto añadiríamos una sexta parte, en que nos dedicaríamos á estudiar la historia de la humanidad, y probaríamos, con la historia en la mano, todas las cuestiones discutidas hasta aquí. Sólo entonces creeríamos haber dado cima á nuestra empresa. La poca extensión de las miras humanas nos hace temer siempre que las palabras «estado social», «empresa del hombre», sean tomadas en un sentido demasiado restringido. Sentimos la necesidad de acentuar lo más enérgicamente posible que, por «sociedad» no debe comprenderse solamente una comunidad de hombres que viven vecinos, en una misma época, en un mismo país y con las mismas condiciones; esta idea nos hace pensar en todos los que son de nuestra misma natura-

leza, sean de donde fueren, en todos los que han vivido antes y en los que vivirán después de nosotros. La sociedad humana se extiende á todos los lugares y á todos los tiempos en que vivan los hombres. Forma la humanidad una magnífica y no interrumpida cadena que alcanza de un cabo al otro del mundo y que une el origen de los tiempos con el más lejano porvenir, y de la cual somos obreros nosotros. Todos viven, sufren y disfrutan de la influencia de lo pasado. En recompensa, todos trabajan y hacen sacrificios para las generaciones de lo porvenir. Toda civilización es resultado de trabajos anteriores y de actividades presentes personales y sociales á la vez; es el botón que se abre en las edades posteriores, y que produce frutos de que disfrutará la humanidad después de su transfiguración eterna.

Para formarse idea exacta de la civilización y de la sociedad, es necesario considerar á la humanidad entera dedicada, desde el origen de los tiempos hasta la aurora de la eternidad, á una empresa común, y guiada constantemente por la mano de Dios en las vicisitudes que atraviesa. Este asunto llegaría á comprender casi lo que se llama filosofía de la historia.

Pero nos veremos obligados á perder la esperanza de realizar esta idea. No nos asusta tanto la elevación casi inaccesible del asunto—pues hay pocos que se presentan con tantas dificultades—como el temor de ver obra tan vasta y que traspasa los límites permitidos. Además, el gravamen de otros trabajos que pesan sobre nuestras espaldas apenas nos permite pensar en ella, por ser difícil empresa que exigiría mucho tiempo y mucha reflexión. Por lo demás, nos ponemos en las manos de Dios para la ejecución de este proyecto. Á uno da la idea; quizá permita á otro la realización, si para el mayor bien lo disponen así su sabiduría y su bondad paternas.

Sería una contradicción sin igual poner la mano en una obra tan considerable como ésta, sin una confianza ilimitada en la Providencia de Dios, sin una admiración sin-

cera de esa paciencia divina, que por tantos siglos ha soportado los errores y los crímenes del género humano, sin una profunda veneración por esa omnipotencia y por esa sabiduría que con fuerza y con suavidad conducen por fin á los que se oponen á la virtud y á la salvación, sirviéndose del pecado como medio de salud, y de la revuelta como de una sirvienta para el cumplimiento de sus designios eternos.

12. El deber del cristiano.—El fruto que deseáramos recoger de este trabajo sería hacer á la humanidad participante de nuestras convicciones, de que, como cristianos, tenemos grandes obligaciones y no pequeñas responsabilidades. Ni aun los más grandes hombres del paganismó, que encontraremos en nuestro viaje al rededor del mundo, han llevado á la naturaleza el más alto grado que le es permitido esperar. Los primeros en confesarlo son los más entusiastas admiradores antiguos. ⁽¹⁾ No los condenamos por ello, pues sabemos que no se les permitía llegar á los últimos escalones de la humanidad. Precisamente nos impide esta persuasión exigirles una perfección tan elevada como aquélla á que hubieran podido aspirar, al mismo tiempo que nos permite formar de ellos justo y equitativo juicio. En muchos casos, les tributamos con gusto los elogios debidos á sus sinceros esfuerzos, y les reconocemos hasta verdaderas y sólidas virtudes naturales. ⁽²⁾ Pero la verdad nos obliga también á decir que no llegaron en esas virtudes hasta el desenvolvimiento perfecto de la naturaleza moral. No llegaron á ser hombres completos. Al mismo tiempo nos vemos obligados á afirmar con toda la energía de que somos capaces, que no se les debe exigir semejante perfección. Vista su situación, jamás hubieran podido llegar los antiguos á ese punto, aun cuando les hubiera permitido Dios trabajar muchos siglos en su propio perfeccionamiento.

(1) Cicerón. *Off.* 3, 4.—Séneca, *Const.* 7, 1.—Plutarco, *Profect. in virtut.* 2.—Theodor., *Affect. Græc.* 12.

(2) Cfr. *infra* XXIV, 1.

Pero podemos y debemos exigir de nosotros, que somos cristianos, esta perfección. El Cristianismo ha dado al hombre la posibilidad de llegar al fin sobrenatural, cuyo acceso se había cerrado el mismo por su culpa. Lo ha puesto también en estado de realizar completamente su destino sobrenatural, de desenvolver plenamente el ser humano y de hallar desde aquí abajo la verdadera felicidad. Cristo nos ha hecho no sólo para ser cristianos, sino para ser verdaderos hombres. Los que echan en cara á su religión el habernos quitado la tierra, fijando nuestras esperanzas en el cielo, no saben lo que dicen. Conocen mal nuestra fe los que no comprenden que no sólo nos ha abierto el cielo, sino que «ha renovado también la faz de la tierra». (1)

El único deber que nos resta es dirigir nuestra conducta de modo que abramos á los corazones el camino de la verdad. Con esto echaríamos por tierra el último punto de la contradicción, si pusieran por obra todos los cristianos estas hermosas palabras de Stolberg:

La doctrina guardáis: inmaculada
Tenedla, que por ella generoso
Su sangre el mártir dió; dulce reposo
Al muerto da, del vivo es paz ansiada.
Suavísimo reflejo del aurora,
Esplendorosa luz del medio día,
Piedra angular, cristiano á ella confía
Tu edificio; en arena engañadora
Edifica el doctor de la mentira... (2)

(1) Salmo CIII, 31.

(2) Janssen, *Stolberg*, I, 138 y sig.

PARTE PRIMERA

LAS ENERGÍAS DEL HOMBRE COMPLETO

CONFERENCIA PRIMERA

LA IMAGEN DIVINA

1. **El camino de la incredulidad.—El hombre pierde la fe en sí, y en sí debe buscarla.**—«Busca la fe donde la perdiste», dice un proverbio tan antiguo como profundo. (1) Y es verdad. Pero el que ha tenido la desgracia de perder la fe, debe con diligencia buscarla en sí mismo. Sólo ahí se pierde. Nadie se ha extraviado, ni se extraviará jamás con la santidad de Dios, con la palabra de la Verdad eterna, ante los decretos de la Justicia incorruptible. Pero puede perderse á sí mismo el hombre, y entonces todo es para él venal, sin valor y digno de desprecio. «Quien para sí mismo es malo, ¿para qué otro será bueno?» (2)

Cuando se ha extraviado en sí el hombre, por todo encuentra facilidades para el error; y cuando ha renunciado á su propio bien, no cree ya en la bondad de nadie: es la medida según la cual juzga á los demás. ¿Se encuentra con quien puede condenarle con su conducta? Trabaja por hacerlo semejante á sí. En fin, para acallar el gusano roedor de su conciencia, no se detiene ante la negación de una verdad suprema, de una justicia remuneradora, y ante to-

(1) Körte, *Sprichwörter der Deutschen*. (2) 2674

(2) Eccl., XIV, 5.